

táctiles, motoras. Hallamos ejemplos de ello en los ritos de iniciación adoptados por diversas religiones. Los misterios de Eleusis hacían pasar al neófito por las angustias de la muerte, atravesar las representaciones aterradoras del Hades para entrar en la luz resplandeciente de la morada de la Diosa: era la enseñanza de una muerte conduciendo á otra vida. Se evocaba en el iniciado una serie de estados de espíritu cuya conclusión era una creencia nueva (probablemente en la inmortalidad): los actos simbólicos que realizaba, los espectáculos que contemplaba, eran los términos medios de esta demostración sin palabras. Los misterios de Isis eran también considerados como la representación de una muerte voluntaria conduciendo á un renacimiento. La historia de las religiones (Frazer *Golden Bough*, Goblet d'Alviella) nos enseña que la iniciación por procedimientos análogos se encuentra en pueblos no civilizados y tan diferentes como los australianos, los Pielas-Rojas, los indígenas de Nueva Guinea, y por consiguiente, que esta lógica en acción es natural al espíritu humano. En la edad de la pubertud, los jóvenes fingían caer muertos, luego, tras de ritos variables y complicados, resucitan y se les comunica las tradiciones de la tribu. En otras tribus, deben retirarse algún tiempo á la soledad, simular haber perdido todo recuerdo y ser reeducados como niños pequeños. Aquí también el fin deseado es renacer, llegando á ser otro; como no se puede matar al vivo

para modelarle de nuevo y resucitarle, se procede por analogía, imitación, simulacro, y la serie de los ritos tiene por objeto inculcar al creyente esta conclusión: que ha *renacido*.

IV

Para terminar con las generalidades, réstanos investigar por qué el principio de contradicción que rige la lógica racional es extraño á la de los sentimientos.

Es preciso primeramente prevenir una mala inteligencia posible. Con frecuencia, existe la contradicción en un individuo, entre una afirmación razonada y otra afectiva; entre lo que piensa y lo que siente. Hay pocas gentes, aun los más racionalistas, que no tengan alguna superstición efímera, que por lo demás reputan absurda. Se han conocido espíritus serenos que juzgan imposible la aparición de un fantasma ó de un aparecido, y que, sin embargo, tienen miedo de ellos en la oscuridad. El sabio que al entrar en su laboratorio deja la religión á la puerta, es un ejemplo de este estado de espíritu «dividido» (1).

(1) En esta acepción Paulhan ha estudiado los caracteres de esta categoría en su libro sobre *Les esprits logiques et les esprits faux* (Paris, F. Alcan.) Da excelentes ejemplos de ellos, pág. 330 y siguientes.

Los casos de este género, semi-intelectuales, semi-afectivos, caen fuera de nuestro asunto. Se trata aquí de una posición contradictoria—ó que se supone tal—entre dos juicios afectivos, enteramente incluída en la esfera de los sentimientos. No es raro que haya gentes que profesen sinceramente una religión de caridad como el cristianismo y el budismo, y sean violentos, hasta crueles, con los incrédulos. Hé aquí algo que choca más á la razón. En las épocas de sincretismo, tales como el siglo III de nuestra era, muchos romanos practicaban simultáneamente religiones cuyos dioses tenían atributos y pretensiones inconciliables; iban sin escrúpulo del santuario de Isis á los templos de los dioses nacionales. En nuestros días, se encuentran musulmanes que rezan ante la tumba de San Agustín en Bona, como ante la *kuba* de un gran marabut; y sería fácil hallar católicos convencidos entregándose á operaciones de ocultismo, que la Iglesia tiene por diabólicas. El Renacimiento italiano, en el siglo XV, tan rico en hombres de una cultura refinada, al propio tiempo que semi-bárbaros de costumbres, impetuosos, apasionados, violentos, abunda en aparentes contradicciones en el carácter del individuo; así César Borgia, uno de los ídolos de Nietzsche; Felipe Sforza, uno de los más grandes de esta familia, que creía firmemente en la astrología, por consiguiente en una fatalidad cósmica inexorable y que invocaba una legión de Santos para su protección; un Malatesta *condottiere* y dego-

llador implacable, que lloraba á la vista de una linda cabeza ú oyendo un bello soneto.

Esta indiferencia por la contradicción cuya causa está en nuestra naturaleza afectiva, tan chocante en la vida de los individuos, lo es todavía más en el desarrollo de las sociedades. La historia en todas sus formas, está formada de contradicciones y no puede ser distinta. Han sido notadas con amargura por historiadores más instruídos de lógica que de psicología. «Se admiran muchas veces, dice Tarde, de notar en ciertas épocas la alianza de la intolerancia y de la licencia. Señalan, por ejemplo, á los florentinos del siglo XIII tan indulgentes para los grandes desórdenes de conducta, como severos para la menor sospecha de herejía» (1). En los mitos y aun en concepciones religiosas más altas «la imaginación colectiva traduce la misma indiferencia á la contradicción lógica. Admite al mismo tiempo, y sin ver en ello dificultades, que Dios es uno y que hay varios Dioses, que Dios es el mundo y que está fuera del mundo, que ha formado la materia y que es eterna como Él, que el alma constituye la vida del cuerpo y que le es enteramente extraña, que sufre la sacudida de todo lo que le ocurre y que está alojada en Él como un principio inviolable» (2).

Porque estas creencias no son obra de la razón que

(1) *Logique sociale*, p. 77 y siguientes (Paris F. Alcan).

(2) Levy-Bruhl, *La morale et la science des mœurs*. p. 242.

razona, sino que responden á deseos muy vivaces y muy fuertes en ciertos hombres, es por lo que pueden vivir en paz unas al lado de otras. No hay lucha entre estas opiniones heterogéneas é irreductibles; no trata la una de suplantar á la otra.

Los casos de este género, que abundan en la vida y en la historia, ¿encierran realmente una contradicción? Sí, si les juzga desde el punto de vista de la razón, principio de orden que exige en el individuo la unidad, el acuerdo consigo mismo. No, si no se considera en el hombre más que su naturaleza afectiva: entonces, el principio de contradicción no tiene significación, ni valor, ni aplicación legítima. En una forma más general, puesta *psicológicamente* la cuestión. «¿Por qué la coexistencia de afirmaciones racionalmente inconciliables?» Es de respuesta fácil. Porque cada una es *sentida* como necesaria por el individuo ó el grupo social. Puesta *lógicamente*, la posición cambia; es intelectualista. La contradicción es evidente, porque está juzgada desde fuera, objetivamente, por procedimientos racionales.

Nos admira muchas veces ver un espíritu superior, abierto á los métodos severos de las ciencias, admitir en religión, en política, en moral, opiniones infantiles que no se dignaría discutir un sólo momento, si no fueran las suyas. Pero este desacuerdo interior parecerá menos extraño y aun explicable si se le aproxima á hechos más ordinarios, que se juzgan más imparcialmente, porque sólo tienen un valor individual,

por ejemplo, una pasión ciega, amor, avaricia, ambición, que permanece inaccesible á todas las razones; inmutable, porque está arraigada en el individuo y agota su savia entera. Los estudios contemporáneos acerca de los caracteres nos han familiarizado con estos espíritus mal unificados que tienen las dos lógicas á su servicio, y descubrimos aquí, á la vez, una de las causas esenciales de la diferencia entre estas dos lógicas.

1.º El razonamiento intelectual no tiene más que un objeto; conocer la verdad objetiva. Hay una adaptación á los hechos (cualidades, relaciones ó signos que las representan). Aun cuando en ningún razonamiento el elemento subjetivo pueda ser eliminado en absoluto, es tan débil, en los casos correctos, que es fácilmente descuidable. La función de la razón es unificar, á lo menos sistematizar. Aniquila toda contradicción, porque si la adaptación al objeto es A, no puede al mismo tiempo ser no—A. Omito los casos de llegar á ser que han servido de fundamento á la lógica de los contradictorios.

2.º El razonamiento emocional es una adaptación á las creencias, á los deseos y aversiones. La posición es subjetiva. Ahora bien, la observación muestra que la vida afectiva, entregada á sí misma, se acomoda muy bien á la pluralidad de las tendencias y aun á su anarquía; la unidad no es esencial á su naturaleza y no penetra en ella sino por el predominio de una pasión (amor, ambición, etc.), ó por una

intrusión *intelectual* que impone el orden. Es un hecho de experiencia, que dos deseos ó creencias, reputados contradictorios, pueden coexistir en el mismo individuo sin que el uno excluya al otro. El instinto ofensivo que se expresa por la cólera, los actos violentos y sanguinarios, tiene su fin propio, como la necesidad estética tiene el suyo (caso de Malatesta). El deseo de la salvación en otra vida es un fin; el deseo de gozar de la vida presente es otro; como deseos, no se excluyen. En una palabra, la lógica de los sentimientos no busca más que medios de satisfacción y de triunfo, sin considerar si los caminos que sigue son racionalmente contradictorios. Todas las necesidades, aspiraciones, pasiones que nos hacen obrar son *valores* irreductibles unos á otros y que no son contradictorios, sino en tanto han sido racionalizados, es decir, trabajados por la reflexión.

Se puede objetar que á veces dos fines inconciliables coexisten; uno de ellos debía aniquilar al otro. Sin duda; sin embargo, esto no es una contradicción lógica, formal; es una oposición de *hecho*, una lucha entre dos fuerzas antagónicas. Si una es aniquilada, es que persigue un fin que viola, no el principio abstracto de contradicción, el cual no regula más que los pasos de nuestro entendimiento, sino el principio objetivo, concreto, de las condiciones de existencia que rigen la vida orgánica y psíquica de todos los seres.

Contrario, contradictorio son nociones intelectua-

les, extrañas á la vida afectiva y que se le aplican indebidamente. Los empleamos para la comodidad de nuestro pensamiento que intelectualiza todo. Decimos que el placer y el dolor son contrarios; es una simple forma de lenguaje: como hemos tratado de mostrarlo en otra parte, no son contrarios, sino *distintos*.

Para terminar, resumamos los caracteres principales del razonamiento afectivo comparándolos con los del razonamiento intelectual.

La lógica de la razón, en su forma correcta, está determinada por la naturaleza y el orden objetivo de los fenómenos, ya atestigüe, ya conjeture, como en el descubrimiento. Está constituída por estados intelectuales (percepciones, imágenes, conceptos sobre todo) todo lo puros que es posible de cualquier mezcla emocional.

La lógica de los sentimientos está determinada por la naturaleza subjetiva del razonador que se propone establecer, para él mismo ó para los demás, una opinión, una creencia. Su origen está en un deseo positivo ó negativo, que persigue una apariencia de prueba. Está constituída principalmente por «valores», es decir, conceptos ó juicios variables, según las disposiciones del sentimiento y de la voluntad. Entre estos «valores», el fin establecido determina la elección de los unos y la no admisión de los otros.

En los casos prácticos, los únicos accesibles á la vez á los dos modos de razonamiento (para los ca-

tos científicos, un sólo modo es posible), la lógica racional procede más bien por análisis, la lógica de los sentimientos más bien por síntesis.

Sea una conclusión por conjetura, como el término de una enfermedad, de un negocio; el razonamiento racional descompone el problema en sus elementos: constitución del enfermo, gravedad de los síntomas, habilidad del médico, posibilidad de cuidados asiduos, etc.; la conclusión final es una suma de conclusiones parciales. Para un negocio, exámen imparcial, exacto, completo de los datos; cálculo al modo de Franklin, que en los casos dudosos escribía cada día las razones *en pro* y *en contra* durante cierto tiempo, luego comparaba, compensaba, equilibraba para hacer surgir la conclusión. Sea una conclusión de hecho, por ejemplo, determinar el carácter de una persona: el trabajo intelectual le analiza, le resuelve en sus elementos, deduce, induce, y del conjunto de los juicios parciales, obtiene un juicio final.

En la lógica de los sentimientos, por el contrario, la conclusión está siempre determinada de antemano, al menos, virtualmente. Si el razonamiento es conjetural, depende del carácter optimista ó pesimista, atrevido ó tímido, inclinado á la esperanza ó inquieto del razonador. Si se trata de una apreciación, como anteriormente, depende de una disposición estable ó pasajera; simpatía ó antipatía, confianza ó desconfianza, que determina el juicio de valor. La

síntesis de estos valores por acumulación ó gradación toma la apariencia y produce la ilusión de una *demonstración*. Muchas veces, en efecto, la lógica racional procede de igual modo: la conclusión está establecida de antemano (un teorema, un problema matemático que se supone resuelto, un principio de física); el razonamiento está consagrado á comprobarla; pero la diferencia fundamental entre ambos casos no tiene necesidad de ser señalada.

Estas generalidades no dan más que un conocimiento muy incompleto de la lógica de los sentimientos. Aun cuando sea difícil reducirlos á formas concretas, suficientemente distintas para ser estudiadas aisladamente, lo ensayaremos en el capítulo próximo.